

---

## Las campanas a vuelo

### El día de la gran esperanza\*

---

Luis Everaert Dubernard\*\*

A la memoria de Octavio Paz,  
vecino de Coyoacán.

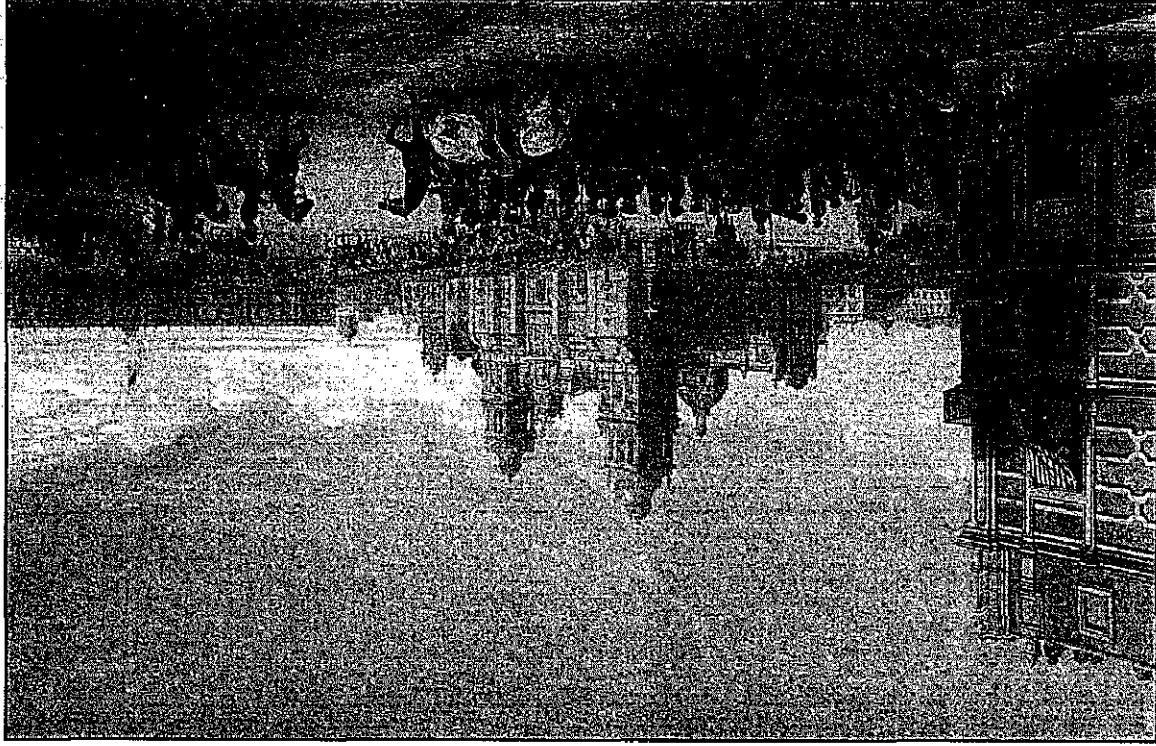
**S**i se toma como instrumento de medida el transcurso del tiempo, se tendrá que nueve dolorosos meses separan a los sucesos históricos que están representados en las siguientes dos estampas.

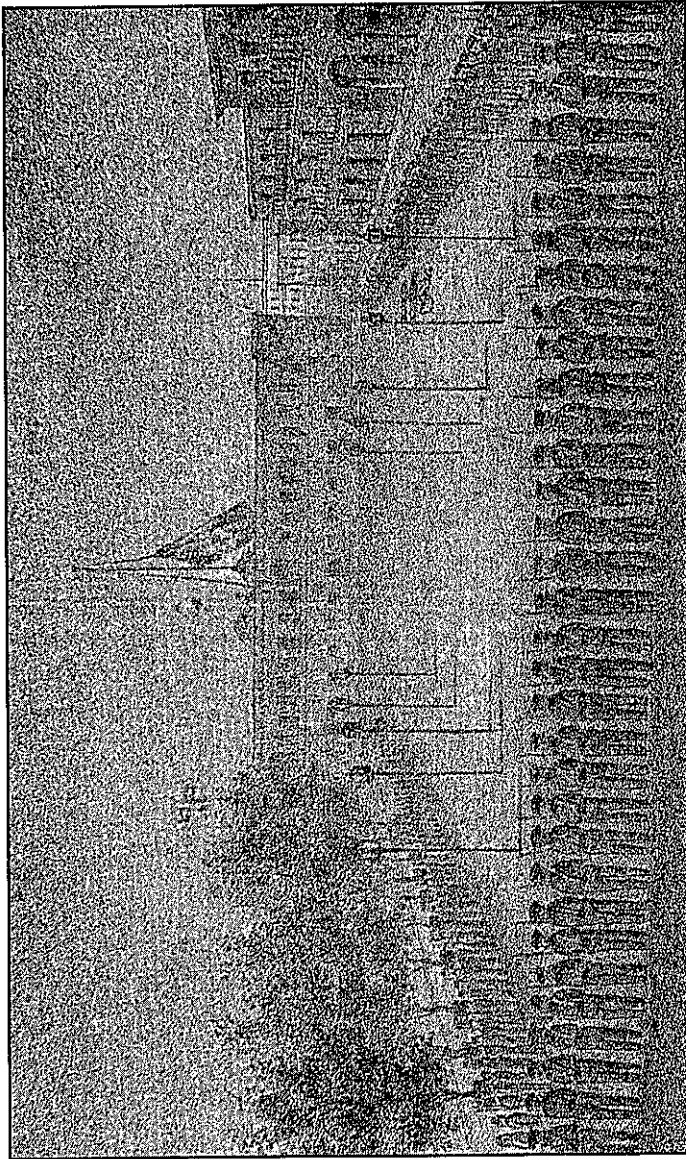
\*Conferencia pronunciada por el autor en el Recinto Parlamentario del Palacio Nacional a las doce horas del día 12 de junio de 1998, al cumplirse 150 años de la desocupación del Palacio por el Ejército Americano. Las campanas de Catedral repicaban a rebato.

\*\**Cronista de Coyoacán.*

N. del A.: Expreso mi más rendido reconocimiento a las siguientes personas e instituciones por las facilidades que me dieron para poder realizar este acto: Juana Inés Abreu, responsable de las actividades culturales de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público; R. P. Luis Ávila Blancas, sacristán mayor de la Catedral Metropolitana; Sergio Zaldívar Guerra, director de Sitios y Monumentos de la Secretaría de Educación Pública; Guadalupe Lozada, responsable del Recinto Parlamentario del Palacio Nacional; Patricia Galeana Herrera, directora general del Archivo General de la Nación; señores directores y personal de las bibliotecas de México, Nacional, Lerdo de Tejada, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística y ConduMex; Isaac Velásquez Morales, cronista de Tlanguistengo, y muy en especial al doctor Emilio Lluis, quien va a interpretar al piano una obra de la época de la invasión americana, *La Polka Nacional*, himno del grupo de Guardias Nacionales conocido como "Los Polkos", cuya partitura tuve la suerte de encontrar el año pasado y la que el doctor Emilio Lluis ha revivido ciento cincuenta años después de que dejó de escucharse en las calles y salones de México.

*Entrada a México del general Scott de Carlos Nebel.*  
14 de septiembre de 1847





1848-1849  
Enarbolan el Pabellón Mexicano.

Si, por otro lado, se las compara desde el punto de vista de la estética, es decir, como objetos de arte, se verá que la primera es una auténtica obra maestra en tanto que la segunda es sumamente elemental y sencilla, incluso ingenua, monocroma y demasiado esquemática.

No obstante, si se las juzga por lo que se refiere a su contenido de carácter emocional y a su trasfondo patriótico, entre el modesto grabado de Manuel Murguía y la perfección artística y el rigor académico de la célebre y hermosa cromolitografía de Carl Nebel, existe una diferencia abismal en favor de aquélla.

Casi se puede afirmar que una y otra reflejan en su intención los encontrados estados de ánimo que experimentaba todo el pueblo mexicano el 15 de septiembre de 1847 y el 12 de junio del año siguiente.

Como es sabido, Nebel realizó, casi seguramente por encargo de la Secretaría de la Defensa de los Estados Unidos, una serie de doce magníficas cromolitografías, en once de las cuales reprodujo con maestría y mucha fidelidad paisajística otras tantas batallas libradas en suelo mexicano que fueron favorables a los yanquis. La décimasegunda y última de la serie, que tal vez sea la que más hiere al espíritu nacional, es la que corresponde a los momentos de la entrada a la Plaza de la Constitución, llamada entonces Plaza de Armas, pero a la que los habitantes de la capital ya le daban el nombre de *Zócalo* desde cuatro años antes, del general en jefe norteamericano Winfield Scott y su estado mayor montados a caballo, precedidos y seguidos por fuertes destacamentos de infantería, caballería y artillería.

Los pocos vecinos que están en las calles o en los balcones de las casas se muestran doloridos e incrédulos, pero pasivos, y el único que expresa su rebeldía activamente es un individuo del bajo pueblo, de los entonces conocidos como *léperos*, en actitud de recoger una piedra del pavimento con el casi seguro propósito de arrojarla contra alguno de los militares extranjeros.

Es, sin embargo, del detalle de otra imagen que figura en el mismo cuadro de lo que más se conduce el observador mexicano: dentro de la majestuosa y espléndidamente reproducida arquitectura de los grandes edificios del *Zócalo*, hace resaltar, desplegado, el pabellón de las barras y las estrellas izado en el astabandera de Palacio Nacional.

Desde el primer día de su presencia en ese mástil, para los habitantes fue como un recordatorio cotidiano de la triste realidad de la ocupación enemiga ininterrumpida que en la capital habría de durar nueve largos meses, pero que en las ciudades de Saltillo, Monterrey y Matamoros duraría dos interminables años, o más, en tanto que en las que quedaban al norte de la nueva frontera esa presencia sería, ya, definitiva.

Independientemente del claro sentido triunfalista de esta estampa de 43 por 32 centímetros que, por otro lado, ya se puede concepcionar como verdaderamente periodística por su intención informativa para el pueblo de Estados Unidos, su

valor artístico y documental es de muy alta calidad, pues reproduce con rigor fotográfico la explanada y los edificios del Zócalo, que eran familiares para Carl Nebel, pues los había “retratado” desde el mismo ángulo quince años antes en otra litografía de su bello álbum *Viaje Pintoresco y Arqueológico por la Parte más Interesante de la República Mexicana*, publicado en París en 1834.

Por contra, la litografía de don Manuel Murguía es muy pequeña, pues mide 14 por 8 centímetros. Aunque permite reconocer al fondo el Palacio Nacional y a la derecha el edificio de gobierno de la capital llamado La Diputación, con el Portal de las Flores en su planta baja, omite la presencia de la Catedral en el costado izquierdo, sin duda por la dificultad de dibujar su elaborada arquitectura; pero el artista disimula esta omisión colocando una cortina de árboles que efectivamente existía frente al atrio. Para que no haya duda de ello, en su extremo oriente figura la cruz atrial del arzobispo Mañozca, pero de dimensiones exageradas.

En realidad el énfasis está puesto en la Plaza de Armas, del primer plano, en cuyos costados norte, poniente y sur están desplegados y presentando armas soldados mexicanos y yanquis con sus respectivas baterías de cañones, y en la fachada de Palacio Nacional, del segundo plano, con su desproporcionadamente alto asta bandera. Es el momento solemne y ansiosamente anhelado del reizamiento del pabellón nacional, que es también de enormes dimensiones; es el momento inefable y simbólico de la Patria recobrada cuando eran las seis de la mañana del día 12 de junio de 1848, hace exactamente ciento cincuenta años.

Es de hacerse notar que la figura triangular que se ve a la izquierda del asta bandera corresponde a la techumbre del augusto salón en el que nos encontramos, sede del Congreso que, presuntamente, se transformó en sala de cortes de consejos de guerra para enjuiciar a desertores e infractores y en dormitorio de oficiales del ejército de ocupación.

La más sintética, a la vez que la más emotiva de las descripciones de este trascendental suceso histórico es la que, tomada de los *Apuntes históricos sobre los acontecimientos notables de la Guerra*, publicación del mismo año de 48, transcribió al pie de la letra José María Roa Bárcena en su indispensable *Recuerdos de la Invasión Norteamericana (1846-1848)*, por un joven de entonces. Dice así:

El día 12 de junio fue destinado a la desocupación de la capital por el ejército americano. Sus tropas desde las cinco de la mañana empezaron a colocarse en forma de batalla en los costados del Portal de las Flores y Catedral, y una batería de diez piezas ocupó el costado del Portal de Mercaderes dando su frente al Palacio Nacional. El señor general don Rómulo Díaz de la Vega, comisionado al efecto por el Supremo Gobierno, mandó situar una batería de cuatro piezas al lado derecho de Palacio, con cuarenta y dos tiros,

cuyos artilleros eran los valientes del Batallón Mina. A las seis de la mañana fue saludado el pabellón de las estrellas por la batería americana con treinta tiros y por la mexicana con veintiséis; después de haber descendido aquél se izó el pabellón tricolor de México que fue igualmente saludado por ambas baterías, y en ese momento presentaron las armas todos los cuerpos americanos, emprendiendo la marcha y desfilando frente a Palacio. Una brigada del general Worth permaneció dentro de este edificio hasta las ocho y media de la mañana. A las nueve quedó completamente evacuada la capital por el ejército de los Estados Unidos del Norte. Innumerables patrullas de la Guardia Nacional velaron por la tranquilidad pública en ese día y los siguientes: no hubo desorden de ninguna clase merced a la infatigable vigilancia del señor gobernador y los jefes de los mencionados cuerpos. El Excelentísimo señor don José Joaquín de Herrera instaló su gobierno al tercero o cuarto día en el Palacio Nacional.

Naturalmente, *las campanas de la Catedral repicaron a vuelo.*

Por lo transcrito por Roa Bárcena se sabe que el solemne acto que describe, así como el de la salida de los últimos efectivos norteamericanos de Palacio Nacional duró, en total, solamente una hora y media.

Si, por la precisión militar con la que se realizó, la duración resultó corta, la realidad es que fue la consecuencia de una cruel guerra de más de dos años que se había iniciado en febrero de 1846 con la invasión, por los yanquis, del territorio tejano al sur del Río Nueces y con las batallas de Palo Alto y de la Resaca de la Palma en abril.

Más de dos años de sufrimiento y de penalidades para el pueblo, de reveses militares para el ejército y de desafortunado comportamiento de algunos gobernantes, pero también de patriótico desempeño de otros.

Al iniciarse 1848, con la mayor parte del territorio, inclusive la capital, invadido, y con el gobierno constitucional instalado legítimamente en Querétaro, tras difíciles negociaciones se firmó el 2 de febrero en la Colegiata de Guadalupe el *Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América*, conocido como *Tratado de Guadalupe Hidalgo*. Tras su ratificación por los Congresos de ambos países entró en vigencia el 30 de mayo, empezando entonces la desocupación del territorio invadido desde el Altiplano hacia Veracruz, y que culminó en este puerto el 30 de julio. Previamente, como quedó dicho, la de la Ciudad de México se consumó pacíficamente el 12 de junio, *tal día como hoy hace un siglo y medio.*

Dada la comprensible alta importancia del final de la guerra es de gran interés saber cuál era la situación en la capital en los días anteriores, cómo vivían y qué

esperaban sus habitantes, cómo se preparó y se realizó, desde Querétaro, el regreso de los poderes federales y cuáles fueron sus primeras disposiciones, previas e inmediatas a su reinstalación, al iniciarse una nueva etapa de la vida de la República.

Si bien estaba firmada la paz con el enemigo extranjero, el gobierno legítimo tenía que enfrentar, en lo interno, tres rebeliones de indígenas: la *Guerra de Castas*, en Yucatán, las Huastecas y la Sierra Gorda, y dos pronunciamientos, el de Aguascalientes, encabezado por su gobernador González Cosío, y el del falso clérigo español Celedonio Domeco de Jarauta.

La atención de estos problemas hacía urgente su retorno a la Ciudad de México, en la que los ocupantes empezaron a festinar su salida, pues habían logrado lo que querían.

Pero llegar a este punto en el que el adversario parecía estar convencido de que al retirarse, una vez cumplida su misión, dejaba un país disminuido e inestable, era tener una perspectiva engañosa de la situación. La verdad fue que, dentro de todo su infortunio, en esos momentos México pasaba por una de las pocas cortas experiencias de ser gobernado por funcionarios que no solamente representaban la legitimidad constitucional, sino que, en lo general y en lo particular, eran personas de bien, patrióticas, honestas y comprometidas. De no haberlo sido no hubieran podido afrontar con la gran dignidad que lo hicieron las discusiones con el invasor, y no es difícil imaginar a lo que éste hubiera podido llegar de no encontrarse con un equipo humano de primera, unido y de gran entereza en la adversidad.

A partir del alejamiento de Santa Anna, después de la toma de la capital, el Ejecutivo de la República fue recayendo, siempre por la vía de la legalidad, en hombres probos que impusieron respeto al adversario. Con alternancias en la silla presidencial entre septiembre de 47 y mayo de 48, Pedro María Anaya y Manuel de la Peña y Peña, y sus colaboradores, prepararon el terreno para que mediante elecciones transparentes llegara a la Presidencia de la República, para un periodo ordinario completo, otro gran patriota que ya la había ocupado poco tiempo antes, José Joaquín de Herrera, quien tomó posesión del cargo el 3 de junio en Querétaro.

No fue, pues, por casualidad, que tal acto coincidiera con el inicio del abandono del territorio por las fuerzas yanquis. En otras palabras, ¿habría éste ocurrido si la administración pública hubiera sido tan caótica como lo fue antes de septiembre anterior? Casi seguramente se puede afirmar que no.

El buen juicio de Herrera se manifestó, al igual que su prudencia, desde su salida de Querétaro, el día 7, y durante su llegada al Distrito Federal, el 8, con los miembros de su gabinete y una reducida escolta, y en la momentánea instalación de su gobierno en el entonces pueblo de Mixcoac, dando así tiempo para que salieran todas las tropas norteamericanas y para que se aprovechara en favor de la nación, por un lado, el fruto de las buenas provisiones de sus predecesores asentados en Querétaro y, por el otro, el trazado de una sabia estrategia administrativa,

consistente, entre otras medidas, en posesionarse de los puntos clave de la ciudad, guarnicionándolos convenientemente. Todo lo anterior con un solo propósito prioritario: el mantenimiento del orden.

En efecto, desde marzo, el presidente De la Peña designó como gobernador y como secretario del Distrito Federal a Juan Manuel Flores y Terán y a José María Zaldívar, respectivamente, quienes reinstalaron el Ayuntamiento de 1847, destituido por el ocupante y que, de nuevo en la encomienda, empezó a adelantar medidas de buen gobierno.

En lo referente a los edificios clave y a los cuerpos de vigilancia, el general presidente Herrera tuvo, indirectamente, coordinación logística con el general Kearny, gobernador civil y militar saliente, para recibirlos protocolarmente. Así, con fecha 10 de junio fueron devueltos el Castillo de Chapultepec, la Ciudadela y varios conventos transformados en cuarteles.

Herrera sabía por experiencia que la Ciudadela era por costumbre un espacio de asonadas y de gritos de rebelión, y para impedir una posible repetición decretó que el vasto inmueble se destinara a servicios públicos y de beneficencia, ordenando para ello la demolición de las fortificaciones exteriores y el cegamiento de los fosos.

Un caso curioso derivó de la aplicación del artículo cuarto del *Tratado de Paz*, que consistía en la devolución al ejército mexicano de todo el material de guerra que le había sido tomado y que se almacenaba en diferentes sitios como Chapultepec, Perote y Veracruz. El comisionado para recibir esas armas, municiones, explosivos y otros efectos el 6 de junio, fue el general Rómulo Díaz de la Vega, quien habiendo sido el primer oficial de alto rango que hicieron prisionero los yanquis en la primera batalla, la de Palo Alto, Tejas, era ahora quien recobraba el armamento y sería quien comandara el destacamento mexicano desplegado en el Zócalo en la feliz jornada del día 12.

También en la del 6 de junio, y por gestiones del ministro de Inglaterra ante el general en jefe estadounidense en el sentido de que permitiera, antes de evacuar, la formación de cuerpos de guardia compuestos por ciudadanos británicos, franceses y alemanes que se sumarían a las Guardias Nacionales Hidalgo y Mina que ya se posesionaban de los edificios de mayor altura. Los voluntarios extranjeros se situaron en La Profesa y en la Casa Borda.

Todas estas milicias irían a resguardar los cuarteles a medida que los norteamericanos los evacuaban de conformidad con el plan y el calendario de su retirada, que había sido elaborado y dado a conocer por el general William C. Butler el 29 de mayo, lo que fue motivo, como se dijo antes, de gran regocijo en el Zócalo para sus numerosos oficiales y soldados, entusiasmo al que se sustrajeron discretamente los mexicanos.

A las siete de la noche se quemaron cohetes de luces y petardos en la amplia plaza al aparecer en un balcón de Palacio, en un gran cuadro iluminado, las palabras



*PEACE-PAZ*; resonaron entonces miles de hurras y vivas salidos de las gargantas de aquéllos.

El plan de desalojo del país se fue cumpliendo tal como estaba programado y casi sin incidentes. Toluca quedó liberada el 31 de mayo y la guarnición de México empezó a salir el 2 de junio. Cuando Butler se disponía a hacerlo, respetables damas y señores capitalinos le pidieron que perdonara a los prisioneros irlandeses que, de otro modo, lo serían de por vida en Estados Unidos. El general en jefe, generosamente, los puso en libertad.

Ya de salida, los infantes del regimiento de voluntarios que estuvieron acuartelados en el Convento de La Merced robaron la custodia de oro de su iglesia. Su jefe superior les exigió que fuera devuelta.

Por su parte, el gobernador del Distrito Federal, Flores y Terán, dispuso el 8 de junio algunas medidas en contra del hampa, como el cierre de las pulquerías, vinaterías, algunas casas de vecindad, mesones y casas de juego, así como la rehabilitación y restauración de escuelas para la niñez, de cárceles, cabildos y cuarteles de policía y, cosa asombrosa, decretó la absoluta libertad de imprenta sin más limitante que la ética profesional.

Pocos días antes, precisamente el 30 de mayo, apareció el último número del diario bilingüe de los ocupantes, *The American Star-La estrella americana*, editado durante más de un año por éstos. En un sentido editorial de despedida su director, J. H. Peoples, expresó ideas de fraternidad y colaboración, así como deseos de paz duradera, haciendo la evocación del gran rótulo luminoso de *PEACE-PAZ* de la víspera.

Por su parte la prensa nacional de la capital, que no había interrumpido su publicación, cumplía su labor con patriotismo, con objetividad y, hay que decirlo, con bastante libertad.

*El Siglo Diez y Nueve*, de Ignacio Cumplido, y *El Monitor Republicano*, de Vicente García Torres, llevaron su información muy profesionalmente. Su contenido recrea fielmente cómo era la vida cotidiana de la sociedad de la capital, independientemente del estado de guerra que vivía, aparte de que sus artículos se debían a las mejores plumas nacionales. Estos diarios incluían columnas con noticias de Europa y del mundo en general, bastante información proveniente de los estados de la República no ocupados por el invasor, publicidad comercial, anuncios clasificados, obituarios y, lo que indica su compromiso con la modernidad periodística del momento, la publicación por entregas o, como se decía entonces, en folletines, de novelas exitosas de escritores famosos; los mexicanos leían al mismo tiempo que los franceses *El Conde de Montecristo* o *La Historia de los Girondinos*.

Fueron, no obstante, las nuevas que concernían a la guerra, a las negociaciones de paz, al *Tratado de Guadalupe Hidalgo* o al armisticio, las que diferenciaron su contenido del que publicaban en tiempos normales, pero hay que decir que es con

los pequeños sueltos, con las gacetillas o con los reportajes de sucesos menores, de los que ya no se hablará al día siguiente, con los que se penetra, no sin cierta sabrosura en determinadas ocasiones, en lo que mueve la curiosidad, la angustia o la indignación de los tatarabuelos.

Por ejemplo, casi no hubo día en el que no informaran que las diligencias de Querétaro, de Puebla o de Pachuca no fueran asaltadas, incluso hasta dos veces en un solo trayecto; los incidentes entre mexicanos y norteamericanos que se embriagaban en hoteles, prostíbulos, pulquerías o vinaterías que terminaban casi siempre en hechos de sangre por riñas a puñaladas; las epidemias que causaban más bajas que la guerra; la disponibilidad o escasez de víveres, las ventas de artículos en barata; el desmentido de rumores sobre ciertos acontecimientos; comentarios y críticas sobre espectáculos teatrales.

Entresacando de los ejemplares de ambos periódicos de los últimos días de mayo en adelante algunos sueltos relacionados con la situación, se puede ir recreando la atmósfera que se respiraba en la capital en las jornadas previas al gran momento de su liberación el 12 de junio y en algunas de las siguientes.

Enseguida unos ejemplos:

#### *Tributo a la verdad*

Sabemos que es absolutamente falso que el gobierno haya hecho ningún contrato para la compostura del Palacio Nacional. No sólo los señores Basadre y Mozo no han entrado en ningún convenio, sino que hasta el 21 del corriente [mayo] nadie ha hecho proposiciones sobre el asunto. La persona que nos dio la noticia contraria, que publicamos en días pasados, estaba muy mal informada.

La diligencia que llegó ayer de Querétaro y trajo cuatro pasajeros, fue robada junto a San Juan del Río.

Los carros y toda clase de víveres necesarios para la salida de esta ciudad de las tropas americanas están ya listos, y entendemos que al segundo día de recibirse la noticia de estar canjeado el Tratado [de Paz], marchará la primera brigada de voluntarios, y a las dos semanas habrán acabado de evacuar la ciudad los otros cuerpos.

Hemos oído expresar enojo a varios oficiales del ejército americano porque no se ajustició ayer a los que perpetraron el robo y asesinato de la calle de La Palma. Quieren, por honor de dicho ejército, que se cumpla la sentencia.

Sabemos por un oficial americano que el general Butler ha dado orden para que en la entrante semana se entregue el Palacio al mismo gobierno que se cree llegará [de Querétaro] a esta capital para entonces.

### *Atención*

Juan O'Sullivan (calle del Espíritu Santo) tiene la honra de avisar a los oficiales del ejército americano, y a los ciudadanos, que ni Mr. Pedro Tracy ni Mr. Jorge Field, que estaban empleados poco ha en su establecimiento, tienen facultad alguna para hacer cobranzas o para tramar negocio alguno por su cuenta.

Hemos visto fijados en las esquinas carteles que anuncian la venta de varios útiles pertenecientes al ejército americano con el objeto principal, según se advierte en dichos anuncios, de que se provean a poca costa los ciudadanos que deben formar la Guardia Nacional. Celebraremos que todos los ciudadanos honrados aprovechen esta coyuntura, tanto por la utilidad que resulta al país de que estén bien armados los que se interesen en su orden y prosperidad, como por los gravísimos daños que se originarían de que dichas armas callesen (*sic*) en manos de los perturbadores de la tranquilidad pública y de los que sólo medran en el torbellino de las revoluciones.

### *Presos*

Ayer han entrado en la ciudad, custodiados por fuerzas americanas ocho individuos cogidos a dos millas de Santa Fe. Se dice que entre ellos hay algunos oficiales mexicanos, y que se hicieron sospechosos por el lugar en que estaban y por portar armas.

Hemos recibido un comunicado relativo a la entrada del ejército permanente a esta ciudad. La especie menos ofensiva que contiene es la de que dicha entrada se puede evitar fácilmente con sólo pintar dos yanquis en las puertas de la garita. Las injurias que abundan en el remitido, y sobre todo los términos en que está concebido, impropios en nuestro concepto para dirigirse al público, no nos permiten darle publicidad, aun cuando tuviera la responsiva de que carece. Nuestro periódico dirá la verdad pero con decencia.

En esta mañana después de que los americanos desocuparon la casa número 11 de la calle de La Merced, quisieron destruir las puertas y ventanas, y robar, como lo hicieron en el Mesón de los Migueles que ocupaban los *poblanos*, pero la policía americana auxilió a tiempo y dispersó a la multitud de *léperos*, que eran los de tan infame proyecto.

¡¡¡Bendito sea Dios!!! Parece indudable que los *poblanos* han salido de esta ciudad el lunes de esta semana. Se dice que se embarcarán, y nosotros deseamos que jamás vuelvan ni a acordarse de México.

Al mismo tiempo que *El Siglo XIX* imploraba perdón para los prisioneros de San Patricio estos beneméritos militares lo obtenían del general Butler y recobraban su libertad. Damos gracias a este jefe.

Anoche a las doce dio orden el general en jefe americano para que cesara la licencia que había concedido para las casas de juego. Esperamos que nuestro gobierno no sólo no consentirá sino que perseguirá por todos los medios posibles estos garitos, escuela de inmoralidad y ruina de tantas familias. Es menester no olvidar que si queremos ser algo en lo futuro debemos empezar por restablecer la moralidad que, por desgracia, está muy atrasada.

En la madrugada de ayer [2 de junio] los americanos que estaban en el convento de La Merced y salieron para Veracruz, fracturaron antes la puerta del sagrario y se robaron el sol de la custodia con todo y la forma sagrada. Su general dio la orden para que se devolviera y ha salido una comisión de la policía americana para recuperar lo robado.

Desde las nueve de la mañana se han comenzado a vender en la Aduana y al mejor postor, varias mulas, caballos, guarniciones, armatostes y otros varios artículos pertenecientes al ejército americano. También el grande acopio de semillas y otras numerosas clases de víveres se pondrán en venta después de haber surtido a la tropa de todo lo necesario para que se transporte a Veracruz.

El alistamiento para la Guardia Nacional ha tenido un feliz éxito en los dos últimos días del plazo que se fijó para que en ella se inscribieran los ciudadanos, y entre los que lo han verificado existen personas ricas, caracterizadas, y de todas clases. Esto nos hace esperar que la Guardia se organice bajo los mejores auspicios.

Anteayer entró a esta ciudad la brigada del general Worth que se hallaba en Tacubaya, y parece que como para custodiar la ciudad, porque corrían rumores de que se iba a perturbar la tranquilidad; pero todo lo que aconteció fue un robo intentado en la parroquia de San Pablo que se frustró con haber tocado la campana y concurrido a tiempo los guardias que hicieron desaparecer a los bandidos.

En la noche del seis de éste [junio] hubo una espantosa quemazón en el baño de La Polilla que había cundido ya un trecho que abrasaba muchas casas: con auxilio de la policía, vecinos y bombas y más especialmente de unos soldados americanos que hicieron prodigiosos esfuerzos, se logró apagar.

Parece que a consecuencia de la entrevista que el señor gobernador del Distrito tuvo ayer [9] con el Exmo. Sr. Presidente de la República en Mixcoac, el primero ha activado las providencias conducentes a la pronta entrega de la fortaleza de Chapultepec por las tropas americanas.

Para el domingo [11] se recibirán la Ciudadela, Chapultepec y esta capital en debida forma, y el lunes, que saldrán las fuerzas americanas, entrará el gobierno.

Está prevenido que desde mañana se cierre el comercio, excepto las tiendas de víveres, permaneciendo así hasta nueva orden.

Se asegura que mañana [12] será completamente evacuada esta capital por el resto de las tropas americanas, y que en consecuencia se izará inmediatamente en Palacio el pabellón mexicano. Al efecto todos los cuerpos de la Guardia Nacional han sido citados para que se hallen oportunamente en sus respectivos cuarteles habiéndose ya distribuido armas y parque.

Mañana se practicará un reconocimiento en el Palacio Nacional para asearlo.

Hemos visto en estos días patrullas americanas recorriendo empeñosa y activamente la ciudad a fin de recoger a los de su ejército que se han dispersado para que al salir mañana para Veracruz, ninguno quede atrás.

Llegó por fin el gran día, el 12 de junio, el día de la liberación del Palacio y de la ciudad. Sorprende profundamente que la noticia más importante del año aparezca reducida en ambos periódicos a una nota escueta y fría perdida entre otras completamente menores.

#### *El Monitor Republicano*

A las cinco de la mañana de hoy empezó a prepararse por parte de nuestras fuerzas la solemnidad con la que debía enarbolarse el pabellón nacional. Formaron en batalla las tropas de los Estados Unidos, y a las seis en punto saludó su batería al pabellón americano con treinta tiros. Nuestra batería contestó el saludo con los 21 de ordenanza. Inmediatamente fue arriado el pabellón americano y enarbolado el mexicano, después de lo cual emprendieron su marcha las tropas americanas, aunque no todas, pues parte de ellas permaneció en la ciudad algunas horas por súplica del general Worth.

Hoy, a pocos minutos de haber salido de la Plaza las tropas americanas pasaban unos carros de mexicanos en que iban unas mu-

jeros, tal vez esposas de carretoneros del país, y una parte del pueblo, al verlas, comenzó a silbarlas y a arrojarles piedras. Semejante acción es no sólo cobarde sino criminal y digna de que se castigue severamente.

### *El Siglo Diez y Nueve*

[Empieza con notas varias.] Anoche, por disposición del señor gobernador del Distrito los batallones de la Guardia Nacional ocuparon los edificios de mayor altura que hay en la ciudad.

El Sr. Gobernador del Distrito y los empleados de la Secretaría de Gobierno pernoctaron en la oficina a fin de cuidar y dictar el más estricto cumplimiento de las disposiciones relativas a la total evacuación de la ciudad por las tropas americanas.

Anoche ha sido rondada la ciudad por varias patrullas de los cuerpos de la Guardia Nacional y otras de los vecinos.

Un número considerable de americanos se quedan en México, según entendemos para servir en nuestro ejército: mucho partido puede sacarse de ellos si se les emplea con tino y discreción.

A eso de las seis de la mañana de hoy, las salvas de artillería anunciaron la completa evacuación de la capital por las tropas americanas: el Palacio de Gobierno (*sic*) ha sido ocupado por la Guardia Nacional; se enarboló el pabellón mexicano en este edificio, la Catedral y la Diputación. Hasta ahora en que esto escribimos se conservan el orden y la tranquilidad; numerosas patrullas dadas por los cuerpos de Guardia Nacional recorren la ciudad en todos sentidos, varios piquetes ocupan algunas alturas y en todo se advierte el mejor orden.

*Esto es todo*, y la verdad es que no se halla explicación para esta discreción que es casi silencio, y otro tanto acontece con los libros que se ocupan del asunto. Los periódicos del día siguiente y los consecutivos ya muy poco tratan el tema.

Unos ejemplos:

A la una de la mañana del día 12 tres soldados americanos forzarón la puerta de una alacena [comercio] del Portal de Santo Domingo y entraron al cuartel del mismo convento luego que vieron que se aproximaban las guardias.

Hemos visto que los cuerpos que dieron en Palacio la guardia fueron Bravos y la artillería de Mina. Todos los demás cuerpos han

andado patrullando, y en la noche se auxiliaron con rondas de particulares.

Ayer [13] comenzó el nuevo gobierno sus tareas en Palacio; lo más del día estuvieron en junta los ministros y el señor Presidente.

Ayer [13] todavía han estado activamente ocupadas varias personas en entregar y contar los tres millones de pesos que, como se han de recibir en efectivo por la tesorería general [acá mismo, en Palacio], aún pasarán como cuatro días más antes de recibirlos y que estén reconocidos.

La diligencia de Puebla llegó anoche a las once porque los numerosos carros americanos que hay entre esta y aquella ciudad impidieron que anduviese con la velocidad acostumbrada.

Pues bien, ante esta especie de silencio autoimpuesto por los escritores de la época respecto a la recuperación de Palacio Nacional, de la capital y de la Patria, prefiero terminar con una nota jovial y simpática, que apareció el 13 de junio, que habla de la sencillez y bonhomía del Presidente que entró en Palacio, para instalarse por segunda vez; ese día: “Don José Joaquín de Herrera fue por su hija a la calle de La Academia; se despidió de su cocinera y de su chocolate, y con su jaula de canarios y sus macetas, volvió a instalarse en sus habitaciones de Palacio (...)”.<sup>1</sup>

1. La prensa de la Ciudad de México de los días 12 de junio de 1898, de 1948 y de 1998 ignoró completamente la efeméride de lo que había ocurrido en este Palacio Nacional 50, 100 y 150 años antes, respectivamente.

Los Estados Unidos Mexicanos y los Estados Unidos de América, animados de un sincero deseo de poner término á las calamidades de la guerra que desgraciadamente existe entre ambas repúblicas, y de establecer sobre bases sólidas relaciones de paz y buena amistad, que procuren recíprocas ventajas á los ciudadanos de uno y otro país, y aseguren la concordia, armonía y mutua seguridad en que deben vivir, como buenos vecinos, los dos pueblos, han nombrado á este efecto sus respectivos plenipotenciarios, á saber: el Presidente de la República Mexicana á D. Bernardo Couto, á Miguel Amistán y á D. Luis González Cuevas, ciudadanos de la misma República, y el Presidente de los Estados Unidos de América á D. Nicolás P.

En el nombre de Dios Todopoderoso  
que en la forma y tenor siguiente  
está en la forma y tenor siguiente  
mente para este efecto, cuyo tratado con su artículo adicional  
arios de ambos gobiernos, autorizados deบิดာ y respectivas  
na y los Estados Unidos de América por medio de plenipoten-  
amistad, límites y arreglo definitivo entre la República Mexicana  
firmo el día 2 de febrero del presente año en un campo de paz,  
bed. Que en la ciudad de Cuadalupe Hidalgo se concluyó y  
dos Unidos Mexicanos, á todos los que las presentes vieren, sa-  
Manuel de la Peña y Peña, Presidente interno de los Esta-  
Mexico se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

El Excmo. Sr. presidente interno de los Estados Unidos

MINISTERIO DE RELACIONES

